

Otro inspirado poeta en lengua náhuatl, esta vez oriundo de Xalitla, en el estado de Guerrero, es Alfredo Ramírez (1950), «autor de no pocas composiciones literarias que se distinguen por la profundidad de sentimientos que expresan» como en el ejemplo que reproducimos a renglón seguido: *Zan ce ohtli*, «Un solo camino»:

Amigo, ¿qué nos sucede?
no me voy, aquí estoy
y no quiero irme.
Pero algún día
quizá me estaré yendo
¿Cuándo?
no lo sé.
Ahora, voy, camino y camino
sobre un camino largo y ancho
y, si algún día, me pierdo como tú
sobre ese camino largo y ancho
y si algún día me recuerdas
búscame, allí estaré.
Allí te estaré esperando
no me iré, allí andaré.
Cuando tú llegues, por donde yo vaya,
allí bien conversaremos
donde yo estaré desangrándome el corazón.

(León-Portilla, 1992: 330)

Una de las personas a quien más debemos por su esfuerzo en la defensa y la expansión de la lengua náhuatl, así como por su investigación de la literatura antigua y moderna es Miguel León-Portilla, fundador y director hasta el presente de *Estudios de Cultura Náhuatl* e igualmente director del Seminario de Cultura Náhuatl de la UNAM. Con independencia de su labor como filósofo y crítico de la literatura náhuatl, debemos citarle aquí como creador, como poeta, del que conocemos, al menos, un poema en náhuatl y castellano en el que compara Tenochtitlan con la moderna ciudad de México (León-Portilla, 1989-a); otro, escrito para conmemorar los 25 años de la revista *Caravelle* (León-Portilla, 1988), más otros cuatro poemas de inspiración prehispánica, escritos en estilo antiguo, como es, por ejemplo, el que reproducimos a continuación, *In Tlacatl itequiuh*, «Tributo del hombre»:

Nuestro tributo, la muerte.
Al lugar a donde iremos
¿será allá siempre de noche?
Tú nos inventaste,
sólo somos tu hechura.

Dueño del cerca, Dueño del junto:
sea bueno tu corazón,
no se burle de nosotros.
¿Acaso aquí, a espaldas tuyas,

tendremos que ir allá
a donde siempre es de noche?

Señor: Noche, Viento,
no nos escondas en la noche
danos tu aliento de vida.
Así ya nos iremos
allá, donde siempre hay resplandores de jade.
Así podremos decirle:
nuestro tributo, la vida.

(León-Portilla, 1986-a: 31)

De la misma manera como la producción poética en lengua náhuatl es importante en los últimos años, asimismo lo es la producción en prosa y en ese género, como lo era en la poesía, los textos de la tradición oral se mezclan con los que ya tienen autores conocidos. Entre aquéllos hay que mencionar: mitos, leyendas, cuentos, narraciones históricas, relatos religiosos, ejemplos morales, de costumbres, fórmulas y oraciones que acompañan a determinadas ceremonias, etc. (Hernández de León Portilla, 1988, I: 211). Muchos de esos géneros provienen de la tradición prehispánica (Horcasitas, 1959) y «no pocos de estos relatos son renovadas expresiones de aquellos *teotlahtolli*, “palabras divinas” anteriores al contacto con los hombres de Castilla» (León-Portilla, 1986-b: 134). No obstante, no puede desconocerse el enriquecimiento que supuso la etapa colonial con la incorporación de nuevas categorías como los cuentos de hadas, el chiste, la leyenda piadosa o los cuentos de fantasmas, ánimas en pena o animales (Horcasitas, 1978: 179).

El resultado de la fusión de esa doble tradición prehispánica y colonial es el cuento indígena actual que es, en realidad «una mezcla intrincada y confusa de elementos cuyas raíces se encuentran tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo», a los que hay que añadir elementos locales nuevos (Horcasitas, 1978: 179). Un buen ejemplo de esta realidad podría ser el cuento de Alfonso Hernández Reyes (1987), «Los siete consejos», ganador del cuarto concurso de cuento nahua de Puebla (1986), patrocinado por el Instituto Nacional de Educación de Adultos, en el que se narran las aventuras de un niño que viaja al *Talocan*, lugar mítico en el que los dioses le dan la misión de que regrese al mundo para que convenza a los hombres de la necesidad de mejorar sus costumbres, siguiendo como norma los siete consejos.

Al igual que en el campo de la poesía, no son pocos los cultivadores del relato o la prosa en general, en lengua náhuatl; algunos de ellos son también poetas y han sido mencionados en las páginas anteriores. No obstante, hay que citar aquí, en primer lugar, a Apolonio Martínez Aguilar, oriundo de la Huasteca potosina, abogado de profesión y que dedicó gran

parte de su actividad a la enseñanza y al cultivo del náhuatl. De él hay que recordar, al menos, un libro, *Teamoxtle*, publicado en 1919 y la fundación de la Junta Auxiliar Potosina de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de San Luis Potosí (León-Portilla, 1990: 345).

Otro escritor del grupo que hemos denominado de los «precursores» es Miguel Barrios (c. 1905-1960), nacido en Hueyapan (Morelos), al que hay que recordar especialmente por el esfuerzo que significó la publicación del periódico *Mexihkatl itonalama*, en colaboración con Robert H. Barlow y Valentín Ramírez. Esta publicación de la que se editaron 34 números (12 de mayo al 29 de diciembre de 1950) recogió un gran número de narraciones y poemas de este escritor.

Carlos López Ávila (1928) oriundo de Santa Ana Tlacotenco (Milpa Alta, D.F.) ha desarrollado una gran actividad como recopilador de textos tradicionales y como autor de narraciones originales. Como resultado de su colaboración con el antropólogo Joaquín Galarza y el lingüista Michel Launey, su obra ha tenido una más amplia difusión. En sus dos libros, *Tlasmachzazanilli inhuan tecnicame* (México, 1984) y *Tlacotenco...* (París, 1984) se mezclan textos tradicionales y obras de creación de nuestro autor (López Ávila, 1984).

Entre los más activos e importantes escritores de narraciones en lengua náhuatl hay que mencionar, por último, a Librado Silva Galeano (1942); formado en la Escuela Normal y colaborador asiduo del Seminario de Cultura Náhuatl de la UNAM, durante los últimos años ha dedicado un gran esfuerzo al estudio del náhuatl clásico, traduciendo, por ejemplo, un conjunto de *huehuetalhtolli*, *Testimonios de la Antigua Palabra* (1988), lo que le ha servido para enriquecer y pulir su propia expresión narrativa en obras como *In oc imoztlayoc in miccailhuil*, «La víspera del día de muertos» (1986) y en otros textos en prosa. Por otra parte, ha dedicado igualmente un gran esfuerzo a la publicación ocasional de un pequeño periódico titulado: *In amatl mexicatlahtoani*, órgano del Círculo Social y Cultural Ignacio Ramírez, etc. (León-Portilla, 1990: 348-49 y 1992: 333-34).

Otras literaturas indígenas

Aunque no es comparable, ni por la tradición ni por la cantidad de su producción, en los últimos años, como ya hemos dicho al comienzo de este ensayo, se ha incrementado notablemente la producción literaria en otras lenguas indígenas habladas en México y muy especialmente en: maya yucateco, tzotzil, tzeltal, totonaco, zapoteco, mazateco, mazahua y mixe, a las que nos referimos a continuación.

Las principales *lenguas mayances* habladas en territorio mexicano son: el maya-yucateco, el tzotzil y el tzeltal. Como en el caso del náhuatl, hay que considerar por igual a las composiciones literarias de tradición oral y autor anónimo, aunque reproducidas por «informantes» que, en realidad, son en buena medida sus autores —poetas o semipoetas, al decir de ellos mismos— o las creaciones de autores conocidos como los maestros y poetas de Mérida, etc. Esas obras, en las que la poesía y la canción dominan sobre cualquier otro género, incluyen también cuentos, como los recopilados en el libro de Teodoro Canul, *Tsik balo'oop maya: Cuentos mayas* (México, 1982) u obras de teatro, como el *Teatro Potul* de Rosario Castellanos. De otra parte y como ocurre con la producción en náhuatl existen varias revistas y periódicos en los que se editan poesías, cuentos y otros textos narrativos contemporáneos (León-Portilla, 1992: 323).

En cualquier caso el género más frecuente en la literatura maya, tanto en época prehispánica como durante la colonia y en la actualidad ha sido la poesía, especialmente en su forma de canción:

La canción es la composición en verso destinada a ser cantada; puede ser acompañada con música y, a veces, se ejecuta danzando. Dentro de la literatura, la canción pertenece a la poesía lírica y suele ser de tema amoroso; las canciones que registramos en maya no fueron expresadas con acompañamiento de instrumentos musicales, aunque sus autores ponían siempre una especial entonación y seguían un ritmo particular. Movimientos con las manos o con un bastón o bien propinando fuertes y rítmicos golpes con los pies al suelo convertían al autor de literatura oral en cantante, actor o danzante (Ligorred, 1988: 83).

Un lingüista catalán, Francesc Ligorred, se ha ocupado de recoger y analizar la producción poética de una serie de «informantes», poetas o semi-poetas de diferentes comunidades yucatecas, transcribiendo y traduciendo sus canciones. Del estudio de Ligorred (1988) entresacamos algunos ejemplos de canciones de Virgilio Canul, Hilario Puga, Santiago Arana y Doña Berta.

Del primero, Virgilio Canul, de Pustunich, recordaremos un poema que titula *Mix Bikin* («Jamás»), que al decir de él era una pieza muy antigua que había oído en su infancia y que ahora recordaba con emoción:

Me muero
y vuelvo a vivir
con muchos ánimos de vida:
y si yo muriera
y si yo muriera
sería sólo por ti.

Es mucho el tiempo
que te debe mi existencia
y jamás mi vida
habrá de arrancarte
un sólo momento de mi pensamiento.

(Ligorred, 1988: 84)

Santiago Arana es un campesino de Santa Elena, que al igual que el informante anterior recordó para el investigador varias canciones de su juventud. Las cantó, según dice Ligorred «danzando», es decir, acompañando la canción con fuertes golpes de sus alpargatas sobre el suelo. Una de esas canciones era la titulada *Bey u dzool humppe uinic* («Así es como se acaba un hombre»):

Es por ti,
mujer hermosa
que sufro muchos pesares:
y es por la belleza de una mujer
que se acaba un hombre.

Es posible que te suceda, compañero
y ten cuidado
por lo que a mí me sucedió;
fue por un amor como el mío
que se acaba un hombre.

Es posible, entonces, mujer
que sea por ti, mujer
que sufro muchos pesares.
Es por un amor como el mío
que sólo es para ti,
que se acaba un hombre.

(...)

(Ligorred, 1988: 87)

Un último ejemplo de este tipo de canciones es *El matador (Ay coten uaya matador)*, que recitó doña Berta en Santa Elena:

¡Ay! ven acá matador,
no me vayas a vender la cabeza de toro
porque la cabeza de toro
se la he reservado a doña Viviana.

¡Ay! ven acá matador
no me vayas a vender la pezuña del toro
porque la pezuña del toro
se la he reservado al viejo Cervera.

¡Ay! ven acá matador
no me vayas a vender el sebo del toro
porque el sebo del toro
se lo he reservado al viejo Cervera.

Aquí me siento a cantar
sin malicia ni atención;
surge por el Oriente; se desvanece por el Poniente
e ilumina la faz de la tierra.

Niña hermosa
tú eres la más linda del mundo

quíereme
para que te quiera yo

(...)

(Ligorred, 1988: 85-86)

El «renacimiento» en otros grupos lingüísticos del maya, como son el *tzeltal* y el *tzotzil* es otra evidencia que confirma el panorama general de que venimos tratando en este ensayo. Es el espíritu que anima el siguiente poema de Jacinto Arias Pérez, indígena tzotzil de Chelnahó (Chiapas):

Nuestros padres y madres
en los tiempos antiguos sabían leer
y también escribir.
Se olvidaron
cuando les quitaron sus escritos
los españoles.

Por eso ahora
sólo sabemos decir con nuestra boca
No sabemos escribir
nuestra lengua
como si nuestros ojos
estuvieran cerrados.

(...)

(León-Portilla, 1992: 324-25)

Este mismo espíritu de renovación es el que ha llevado a publicar recientemente un libro de *Cuentos y relatos indígenas* en tzotzil (México, 1989) que es el resultado de la colaboración desde su creación en 1986 del Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica, el Estado de Chiapas y las universidades autónomas de Chiapas y México. «Por primera vez en buen número de pueblos, incluso entre algunos relativamente aislados, los maestros rurales, así como jóvenes, hombres y mujeres, tomaron la pluma para participar» en concursos de cuentos en lengua tzotzil (León-Portilla, 1992: 323-24).

La tercera lengua hablada en México, tras el náhuatl y el maya es, según vimos, el *zapoteco*, del que se calcula que lo hablan en la actualidad medio millón de indios. El florecimiento literario en lengua zapoteca se concentra especialmente en la región de Juchitán, en el istmo de Tehuantepec, donde se publican varias revistas y periódicos, como *Guchachi'Reza* («iguana rajada»), en las que aparecen con frecuencia composiciones literarias en zapoteco. Esta tradición literaria juchiteca se remonta, al parecer, a los últimos años del siglo XIX, en que ya se publica una revista, *Neza* en la que editan sus creaciones poéticas los primeros escritores oriundos de Tehuantepec, residentes en el Distrito Federal y agrupados en la Sociedad Nueva de ist-